

entre cuyos ramajes dormían los pájaros, descansando de su dulce fatiga de errar por el azul. La brisa traía un olor a follaje empapado en la deliciosa humedad de las vegas próximas, donde los pidenes lanzaban sus silbidos vibrantes. Desde la montaña, donde el viento destrenzaba las altas copas de los árboles, llegaba un rumor hondo, como el de una sinfonía lejana. En el alto del camino veíanse las luces de las casas de Lolén, escondidas entre los árboles. Desteñido de distancia, llegó hasta ellos el ladrar de los perros y el grito intermitente de algún chiquillo retrasado en los escondrijos del sendero...» (pág. 199).

Como un sendero de montaña, precisamente, algo inculto y pintoresco, que se interna confiado por entre la espesura, es el estilo de Durand. A veces, hay que enredarse y trastabillar un poco para seguirle a través de la fronda de sus capítulos. ¿Qué importa? Bien vale la pequeña incomodidad material! el gran deleite que nos proporciona; y... no se va al monte por ver el camino.

Otra cosa quisiéramos repararle: Esa abundancia de expresiones interrogativas finales, en los diálogos; tales como: «¿No le parece?», «¿No es cierto?», «¿Verdad?», que sin ser lugares comunes, son modos comunes de expresión, a todos los personajes...

En suma, esta novela es, como apuntamos más arriba, de una factura entre costumbrista y realista. Con médula romántica. Y un sabor bien chileno. Es, con «Tierra de Pellines», el mejor, a nuestro parecer, de los cinco libros que lleva publicados el autor, en cinco años.—GUILLERMO KOHNENKAMPF.



CINCO AGUILAS BLANCAS, por Humberto Tejera.

Memorias de un poeta venezolano que deambulara por América y fuera asesinado en plena juventud, este libro de

Humberto Tejera relata un período obscuro y tenebroso de la vida de Juan Bisonte y su inacabable reinado de sangre y de crimen.

Sin tener magnificencias de estilo, no puede decirse que carezca de condiciones literarias. Escrito con pasión, con noble pasión rebelde de ciudadano y de poeta, coge al lector con la verdad que rezuman sus páginas afebradas, y hace sentir en toda su magnitud la tragedia venezolana, que se prolonga interminablemente ante la pasividad culpable de América.

Los hermanos del tiranuelo decrepito aparecen al desnudo en el gobierno provincial, saqueando las arcas públicas y cometiendo horrores de toda suerte, bajo la mirada complacida del amo supremo y familiar.

Humberto Tejera desempeñó las funciones de juez en Venezuela, y la forma en que administrara justicia le valió el destierro y la muerte. Su idealismo le hizo olvidar que el imperio de la ley termina donde comienza la voluntad del tirano.

Describe así una de las infinitas prisiones en que Juan Bisonte asesina a su raza. «El célebre, el temido Castillo de San Carlos, asoma a la izquierda, a proa. Construcción maciza, sucia, chata, rezago colonial gris, sobre la atravesada calamidad del islote de San Carlos. La tierra ardida y sedienta, mete con furia esta lengua roja entre los grunos de aguas verdes del Caribe. San Carlos. Millares de compatriotas han perecido, están pereciendo aquí, en los más abyectos abandonos, en los más absurdos y enloquecedores tormentos. El tortol, los grillos, el cepo de campaña, el insulto, el látigo, el hambre, el arsénico, el vidrio molido, el paso de baqueta, el apersogamiento, las sabandijas, la carne de cerdos engordados con cadáveres, los calabozos de tinieblas, el clima, el aislamiento absoluto, el paso eterno y desesperante de las horas, los días, las semanas, los meses, los años, las vidas... Paraíso de las torturas, santuario del crimen, edén de horror, islote dantesco, quijada salmidesia horrenda, como la que veía Prometeo desde su roca azotada por el océa-

no. Jara y Gáffaro fueron muertos, a palos, aquí, acusados de conspiración contra Juan Bisonte, cosa que nadie pudo probar. El doctor Leopoldo Maldonado se cortó aquí la carótida con una lata de sardinas para no sobrevivir al tormento».

Intercaladas en la prosa de este libro vibrante y atormentado, hay poesías de Tejera que nos muestran sus apreciables condiciones líricas. La escasez de espacio nos impide copiar alguna.

Obra documentada en mucha parte, mostrará a la América el calvario de ese medio millón de venezolanos—asesinados unos y desterrados los más—que no se sometieron al látigo del gommismo.

Estas «Cinco águilas blancas» (1) deberían ser conocidas por las generaciones nuevas del Continente para que apreciaran en todo su horror la desgracia de Venezuela, que no ha tenido otra condenación que la de México.—C. P. S.



INDICE DE LA POESÍA URUGUAYA CONTEMPORÁNEA, por *Alberto Zun Felde*.

En la crítica literaria de hispano-américa, el prestigio de que goza este escritor es amplio y merecido. De fuerte cultura clásica, su criterio y su generosa comprensión estética le han hecho avalorar con justicia el arte nuevo del mundo, sin aferrarse a cánones tradicionales ni a preceptivas intransigentes. Coge la belleza donde la encuentra, y nos da su comentario inteligente y certero, sin pretensiones de fijar valores inamovibles.

Si no son comunes a todos los críticos de América las cualidades anotadas, el estilo de Zun Felde no tiene parangón entre los escritores que se dedican a estas labores ingratas.

---

(1) Editorial «Pativilca». México, D. F.